



Un turista singular: el archiduque de Austria Ferdinand Maximilian. Su estancia en canarias en 1859¹

Marcos Sarmiento Pérez

Introducción

Entre los *turistas-viajeros* que recalaron por Canarias a mediados del siglo XIX, el Archiduque de Austria Ferdinand Maximilian ocupa, sin duda, un lugar de excepción. El que luego iba a ser Emperador de Méjico (Maximiliano I) estuvo en Tenerife y Gran Canaria en diciembre de 1859, de camino a Brasil². Posteriormente, en 1864, ya rumbo a Méjico para asumir las tareas imperiales, vuelve a detenerse brevemente en Tenerife³. En el contexto de los viajeros de lengua alemana en nuestro archipiélago, es el segundo miembro de la nobleza europea que lo visita, pues ya en 1842, igualmente de paso hacia Brasil, lo había hecho el príncipe Adalberto de Prusia⁴.

Durante los 10 días de su estancia, Maximiliano y su séquito hicieron algunas de las rutas más habituales entre los visitantes europeos de entonces: en Tenerife, el lado norte y los alrededores de la capital santacrucera, y en Gran Canaria, Las Palmas, la “obligada” excursión a La Atalaya, y una breve visita a Telde.

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación SEJ2007-61410/GEOG titulado Ciencia versus ficción en la imagen geográfica de las Islas Canarias, financiado por el Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2007-2009.

2 Para entonces tenía 27 años y llevaba 2 casado con la princesa Carlota, hija del rey Leopoldo I de Bélgica.

3 En esta ocasión se alojó, en La Orotava, en la mansión de Diego Benítez de Lugo y Benítez de Lugo (1820-1888), a quien, posteriormente, el Emperador condecoró con el título de Caballero Oficial de la Imperial Orden de Guadalupe de Méjico, y que en 1879 fue nombrado 8º Marqués de Celada (Fernández de Béthencourt, 1952: 192).

4 Véase Sarmiento Pérez, 2005: 180-184.



En las líneas que siguen, además de esbozar la biografía de este peculiar *turista*, resumimos el relato⁵ de su estancia en nuestras Islas, al tiempo que recogemos algunas de sus cáusticas descripciones de personajes canarios, sus exacerba das críticas a los alojamientos isleños y a la iglesia católica, pero también su inusitado interés por las cuevas canarias y la cultura pre-hispánica.

Esbozo biográfico⁶

Fernando Maximiliano nació en Viena el 7 de julio de 1832. Era hermano del emperador Francisco José I de Austria (Franz Josef Karl von Habsburg), y, por tanto, cuñado de la emperatriz Sissi. Tras estudiar la carrera naval, fue nombrado Comandante en Jefe de la flota austro-húngara. Completó su formación teórica con numerosos viajes por Europa y por tierras lejanas (1850, Grecia; 1851, Italia y España; 1852, Sicilia, España, Portugal, Madeira, Tánger y Argelia; 1853, Albania y Dalmacia; 1855, la ciudad italiana de Ancona, Grecia, Beirut, El Líbano, Palestina, Jerusalén y Egipto⁷).

En 1856 visitó la corte de Napoleón III en Francia, el Norte de Alemania, Holanda y Bélgica, donde conoció a la princesa Carlota (Marie Charlotte Amélie Augustine Victoire Clémentine Léopoldine), hija del rey Leopoldo I de Bélgica, con la que se casó un año después. Con ella viajó en 1858 a Albania, Dalmacia y Sicilia. Luego, entre 1859 y 1860, tuvo lugar su viaje a Brasil, donde realizó una excursión científica a la Selva Amazónica.

Como Comandante en Jefe de la Marina, Maximiliano impulsó la creación del Ministerio de la Marina. Por otro lado, propició la expedición científica de la fragata austriaca *Novara* alrededor del Mundo⁸, y la político-comercial de la corbeta *Carolina* a Sudamérica y África Occidental.

En 1857, el Archiduque fue nombrado Gobernador General del *Reino de Lombardía-Venecia*, cargo que asumió seis semanas después de haber

5 Tenemos muy avanzada la traducción completa del relato, que esperamos vea la luz muy pronto.

6 Wurzbach, Constant von 1860: 200-204. / *Österreichisches Biographisches Lexikon 1815-1850*, 1957: 300-301.

7 Durante la estancia en aquel país realiza una excursión a Suez y visita la construcción del Canal, que se inició en 1854 y concluyó en 1869.

8 Como es sabido, aquella expedición trajo a Europa por primera vez la suficiente cantidad de hojas de coca para iniciar los análisis químicos conducentes al descubrimiento del principio activo de esta planta, y sus posibles usos anestésicos en la cirugía. El explorador austriaco Karl von Scherzer entregó las hojas al químico Friedrich Wöhler, en cuyo laboratorio Albert Niemann aisló el alcaloide al que llamó cocaína.



Retrafo de Fernando Maximiliano, por Winterhalter



contraído matrimonio⁹, y que ostentó hasta el estallido de la guerra italiana dos años después, en 1859, en que hubo de abandonar sus atribuciones gubernamentales¹⁰. Entre sus actuaciones, Maximiliano abolió los privilegios fiscales de la administración napoleónica, adecuó el puerto de Venecia para grandes embarcaciones e introdujo importantes mejoras en la enseñanza, en la ciencia y en las artes. En este último ámbito destaca la construcción del *Palacio de Miramar*, en el Golfo de Trieste, a orillas del Adriático, en el que, en 1863, tuvo lugar la propuesta de la corona imperial mejicana¹¹.

En marzo de 1864, Maximiliano se dirigió a París para negociar¹² con Napoleón III el apoyo militar y económico, y el 10 de abril aceptó el nombramiento, al tiempo que renunciaba a sus derechos dinásticos en Austria. Antes de viajar a Méjico, el recién nombrado emperador visitó al Papa en Roma¹³ para tratar de la cuestión religiosa en Méjico. Poco después, él y su esposa zarpaban del puerto de Trieste en la fragata *Novara*, rumbo a América. Tras pasar por Veracruz el 28 de mayo, y ser recibido fríamente, Maximiliano llegó a la capital mejicana el 12 de junio de 1864, donde el pueblo,

9 La llegada de Maximiliano y Carlota a Milán tuvo una fría acogida, pues en Italia no se quería seguir bajo el yugo austriaco.

10 Con el viaje a Brasil (1859-1860), el Archiduque pretendió mitigar los efectos del duro golpe que supuso aquel acontecimiento.

11 De forma sucinta, la situación en Méjico era la siguiente: pocos años antes había concluido la *Guerra de Reforma o de Tres años* (1858-1861) entre liberales y a conservadores, en la que vencieron los primeros, que nombraron presidente de la República a Benito Juárez. Éste suprimió el pago de la deuda externa a España, a Inglaterra y a Francia. Los dos primeros países renunciaron a sus demandas, pero Napoleón III, apoyado por los conservadores, mantuvo su ejército en Méjico, hizo frente a Juárez y nombró emperador a Maximiliano (cf. Diccionario Enciclopédico Abreviado, t. V, 862-863).

12 Mediante el *Tratado de Miramar*, Napoleón III se comprometió a mantener tropas francesas en Méjico durante 6 años, y Méjico, por su parte, a costear el abastecimiento de la tropa y a liquidar las deudas contraídas anteriormente. No obstante, ni Méjico estaba en condiciones de hacerlo ni Juárez dispuesto a aceptarlo.

13 De aquella visita leemos en el periódico tinerfeño *Eco de Comercio* un comentario premonitorio: "ROMA. 18 del pasado à las 12 en punto fueron recibidos solemnemente por Pío IX los emperadores de Méjico.

Fernando Maximiliano representa unos treinta y dos años: es alto, robusto y simpático desde el momento en que se lo vè; algo lo afemina la demasiada compostura del cabello que lleva partido a la mitad [...].

El acento es marcadísimamente austriaco; pero dulce y fácil, con cierta cadencia que sin tocar en lo monótono agrada y cautiva. El francés lo habla con dificultad, [...]. Pero cuando se entrega al italiano, aparte la exageración gutural, es un romano con el cadencioso dejo florentino y algo del meloso veneciano: entonces agrada doblemente. Le he oído algunas frases en español; pero se vè que lo ha practicado poco, si bien parece comprenderlo. De talento debe tener mucho; pero de astucia y lo que comúnmente llamamos sagacidad, me parece que dispone poco, y si no me equivoco, será una fatalidad para el nuevo emperador; pues las personas que hoy le rodean, las que mañana le circundarán, y los súbditos que ha aceptado, no se hallan desprovistos, ciertamente, de aquellas cualidades".



las autoridades y el ejército francés sí le dispensan una cálida bienvenida. No obstante, también esta nueva andadura de Maximiliano iba a ser corta¹⁴, pues tres años después, el 19 de junio de 1867, murió fusilado¹⁵.

Si bien la política ejercida por Maximiliano tuvo aspectos positivos –por ejemplo, reorganizó la Academia de San Carlos, fundó los Museos de Historia Natural y de Arqueología, y creó la Academia Imperial de Ciencias y Literatura–, en términos generales no le resultó especialmente favorable¹⁶.

Estancia en Tenerife

Maximiliano llegó al Puerto de La Orotava –hoy, de la Cruz– el 17 de diciembre de 1859¹⁷. Su anterior escala había sido Madeira, de donde había partido con intención de seguir sin escalas hasta Cabo Verde. El retraso causado por el mal tiempo los obligó a detenerse en nuestro archipiélago para repostar carbón. No obstante, el vapor austriaco en el que viajaban, el *Elisabeth*, tras dejarlos en el Puerto de La Orotava, regresó a Madeira, donde ya se quedó Carlota, y algunos días después los recogería en Santa Cruz para proseguir el viaje.

Las primeras descripciones de Tenerife las hace Maximiliano desde el barco. La irregularidad en la construcción de las casas con balcones enre-

14 Concurrieron varias circunstancias adversas: al término de la *Guerra de Secesión* en EEUU (1861-1865), este país apoyó económicamente a los liberales mejicanos, y Napoleón III decidió traer sus tropas a Europa, dos años antes de lo acordado en *Miramar*. En diciembre de 1866, los liberales comenzaron a recuperar gran parte del territorio de los conservadores. Maximiliano quiso abdicar, pero su esposa insistió en mantenerse en el puesto, y ella misma fue a París y a Roma para exigir a Napoleón el cumplimiento del *Tratado de Miramar*, y pedir ayuda al Papa. Ante el fracaso de sus gestiones, Carlota enloqueció en Roma, y ya no volvió a Méjico. Poco después, el emperador fue hecho prisionero y fusilado, junto con los generales conservadores Miramón y Mejía, en el Cerro de las Campanas (Querétaro), el 19 de Junio de 1867. Sus restos fueron trasladados más tarde al sepulcro imperial de la iglesia de los Capuchinos, en Viena. Carlota falleció en Bruselas (cf. Diccionario Enciclopédico Abreviado, t. V, 862).

15 Aquel triste acontecimiento fue inmortalizado en el cuadro de Édouard Manet, *La ejecución del emperador Maximiliano*.

16 Nombró ministros a liberales moderados, lo que no agradó a los conservadores; insistió excesivamente en la organización de la Corte y del protocolo, en lugar de abordar los asuntos de inmediata importancia; aunque mantuvo la oficialidad de religión católica, apartó al clero del gobierno; y, finalmente, decretó algunas medidas excesivamente severas en el ámbito de la justicia (Belinski 1988: 146-147).

17 El mal tiempo les impidió llegar a Santa Cruz. Sobre aquel acontecimiento leemos en los *Anales* de la localidad norteña: “Y el sábado 17 en que soplabá un fuerte viento del este, se apreció un vapor de guerra austriaco nombrado *La emperatriz Isabel* de 900 toneladas, cuyo buque desembarcó unas seis u ocho personas para distraerse en tierra, siendo una de ellas nada menos que su Alteza Imperial Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, hermano del actual Emperador” (Álvarez Rixo 1994: 426).



jados y de madera tallada, así como el decrepito estado de los edificios, le otorgaban al Puerto de la Orotava el aspecto de una ciudad costera oriental, en la que se percibía la proximidad de África.

El Archiduque baja a tierra en compañía de varios acompañantes, entre ellos su cocinero, su médico, un botánico y un pintor¹⁸. La primera víctima de la cáustica pluma de Maximiliano es el oficial que les sale al encuentro en un bote para examinar la documentación sanitaria, y al que llama “oficial del Estado con hemorroides”¹⁹:

“Un tipo gigantesco, de estructura ósea tosca y acamellada, con un rostro afeitado que caía en flácidas arrugas como una naranja vieja; de nariz achataada como la de un bulldog, con la que, levantando las cejas, olisqueaba como un puercospín; el hocico caído, parecido a un pez, y ojos de mono, pequeños y penetrantes. El color de la piel evidenciaba la existencia de algún negro entre sus ancestros, y el conjunto de su aspecto, el de un mandril entre sus ascendientes. A duras penas pudimos contener la risa, especialmente, cuando el erótico oficial del Estado, con gesto de importancia, declaró que veía que nuestro certificado escrito en italiano era alemán” (1861: 130-131).

Su llegada a tierra la compara Maximiliano con la de Cortés a América²⁰, pues la gente vociferaba, incluso había personas en los tejados, desde los balcones saludaban las señoritas, y en la calle había también pedigüños de mal aspecto. La fonda²¹ a la que fueron conducidos, que le recordó a Oriente y sus caravasares, la describe como un edificio sucio y desvencijado, con una servidumbre malhumorada e indolente, nada parecida a la fonda española con patio aireado, fuente, pequeños balcones y agradables aposen-

18 Se trata del paisajista y litógrafo austriaco Joseph Selleny (1824-1875), que también había participado anteriormente en la expedición alrededor del mundo en la fragata *Novara* entre 1857 y 1859. De su pincel salieron algunas acuarelas con motivos canarios durante su corta estancia en Tenerife y Gran Canaria. Las que aquí reproducimos las debemos a la cortesía de R. F. Ertl (Institutum Canarium).

19 *Staatshämorrhoidarius*.

20 Es de suponer que por entonces ya Maximiliano intuyese su posterior nombramiento como Emperador de Méjico.

21 Según González Lemus (2003: 80), se trata del Hotel Casino de Pedro Aguilar (casa conocida como Rincón del Puerto), única fonda que existía en la localidad. Con respecto a esta fonda, nos dice Álvarez Rixo: “Vino S. A. I. de riguroso incógnito. Fue a asistir a la fonda casino de la Plaza Constitucional, donde sin nadie conocerle ni sospechar su alta categoría se divertió afablemente con los socios, a quienes hizo tocar la guitarra y cantar algunas tonadillas españolas, v. g. la malagueña en cuyas coplas equívocas se rió mucho, lo propio que los de su comitiva que también tañeron y cantaron”.



Santa Cruz de Tenerife. 21 de diciembre de 1859. Joseph Sellery

tos²². Sin embargo, en opinión del archiduque, lo peor de todo era la señora que la regentaba, cuyo aspecto quitaba el apetito:

“A decir verdad, madre²³ no es la expresión apropiada, pues en aquellos estériles pechos jamás pudo haber mamado criatura humana; sería más correcto llamarla tarasca²⁴. Un cuerpo pequeño, seco, de hombros altos, portaba una cabeza con nariz afilada, que haría los honores al pico de un avetoro, y de cuyo extremo colgaban unos espejuelos cansados, cuyas patas, atadas por un cordón, sujetaban un enorme pañuelo blanco sobre la cabeza, cubierta de poco pelo. Sin embargo, el colmo de aquella figura de oscuros sueños, de aquella pesadilla hecha huesos, residía en la mirada torcida por encima de las gafas, que otorgaba a la fonda una decidida ventaja, pues la persona a la que aquellos ojos miraban perdía por completo el apetito, pagaba y huía de la mesa. En aquella criatura se daba una desafiante burla del destino: era la dueña de la única fonda y ningún extranjero podía escapar a su cerco” (1861: 132).

22 Como veíamos antes, Maximiliano había estado en la Península y, entre otras ciudades andaluzas, había visitado Granada.

23 El Archiduque hace un juego de palabras, pues el vocablo alemán *Hausmutter*, que se ha de traducir por “señora de la casa”, significa al pie de la letra “madre de la casa”.

24 El DRAE define *tarasca* como “mujer temible o denigrada por su agresividad, fealdad, desaseo o excesiva desvergüenza”.



Después de tomar un vino canario seco, que le supo a medicina, Maximiliano da un paseo por la localidad. Le llama sumamente la atención que, pese al clima tan favorable, las ventanas y puertas de las casas estuviesen herméticamente cerradas, y que, en lugar de cristales, tuviesen contraventanas de madera, lo que acentuaba la sensación de tristeza. Sólo se abrían los domingos y festivos, y, entonces, las señoritas se dejaban ver en los balcones –parecidos a los que había visto en Egipto²⁵– como si estuvieran en palcos. Y añade:

“Otra tétrica peculiaridad de Tenerife es el sinnúmero de cruces en los frontis de las casas y, otras de menor tamaño, en las puertas de entrada y los jardines; con ellas, las casas recuerdan a hospitales y los jardines a cementerios. En las cruces no figura el Redentor, y esta costumbre debe de venir de muy atrás. También hay muchos puntos que se llaman Santa Cruz” (1861: 134-135).

Ese mismo día suben a La Orotava, y, de camino, visitan el *Jardín Botánico*²⁶, que en aquel momento se encontraba muy abandonado: las malas hierbas, las fuentes secas y el desorden reinante reflejan para el Archiduque la decadencia de la monarquía española. Su aspecto era más bien el de un camposanto, y el de su jardinero, un francés afincado en la isla desde hacía 30 años, el de un sepulturero. La conversación que mantuvieron en francés contribuyó a sosegar el ánimo turbado del Maximiliano.

La Villa de La Orotava la describe nuestro autor como una pequeña y agradable ciudad, sede de la antigua nobleza, parte de ella procedente aún de los tiempos de la conquista. Entre los edificios, con balcones orientales, destaca la iglesia de los dominicos²⁷. En el *Jardín del Marqués del Sauzal* admiran al que describe como el más antiguo monumento del mundo de las plantas, el anciano drago, venerado por los guanches, descrito y medido por Humboldt, y en cuyo tronco se había celebrado la primera misa cristiana de los conquistadores españoles. Maximiliano alude también a los daños que le había causado un temporal en 1819. La gran oquedad que presentaba el tronco estaba en aquel momento rellena de piedras y mampostería. Además de una extensa descripción del árbol, se nos dice que su sangre se había utilizado en otro tiempo como medicina y que la resina había constituido también un codiciado producto de exportación. Sin embargo, su aspecto no

25 Ya indicamos antes que Maximiliano había estado en varios lugares de Oriente, entre ellos, Egipto.

26 Nuestro autor dedica tres páginas a su descripción.

27 Iglesia de Santo Domingo.



agradó al archiduque: “[...]; con este tipo de árboles sólo se sueña cuando por las noches, en época de calor, se ha saboreado mucha carne y cerveza. El que los guanches venerasen semejante figura no dice mucho en su favor” (1861: 142). Mejor impresión le causó una hermosa palmera datilera, de la que dice que tal vez fuera la más alta del mundo, pues ni siquiera en Egipto las había visto de semejante altura. No obstante, la mayor sorpresa la constituyó el encuentro en aquel jardín con el suizo Hermann Wildpret²⁸, que, contento de verse con germanoparlantes, los colmó de atenciones. Maximiliano relata que el helvético se había enamorado de una canaria nada más llegar a la isla, pero que, debido a su apellido²⁹, había tenido dificultades para contraer matrimonio, pues ningún sacerdote quería poner en peligro el decoro de la religión anunciando un nombre con tal significado.

Al caer la noche llegaron de vuelta al Puerto. El cansancio y el hambre ayudaron a condimentar la pésima comida en la fonda. Luego van al casino, donde se encuentran con la nobleza, con la flor y nata de la juventud y con el oficial que les había controlado la documentación sanitaria antes de saltar a tierra. Dado que Maximiliano quería viajar de incógnito, se hacía pasar por el “sobrino impertinente” de su médico personal. La velada resultó sumamente agradable: se trajeron guitarras y, para asombro de los presentes, el pintor de la expedición cantó desenfrenadas coplas, que fueron contestadas por otras del “oficial con hemorroides”³⁰ y risas de los canarios. Incluso se cantó la *marsellesa*. Allí conocieron también a un abogado que les proporcionó cartas de recomendación para coleccionistas de antigüedades.

A la mañana siguiente, domingo, oyen misa a las 8. El archiduque, que encontró la ceremonia religiosa excesivamente larga, describe la vestimenta de hombres y mujeres, calificando de muy feas las mantillas de estas últimas³¹. Luego visitan algunas cuevas de los alrededores en las que, según les habían contado, habían vivido guanches; sin embargo, las que encuentran no daban la impresión de haber sido habitadas por aquel pueblo, y ahora eran, infaliblemente, corrales para cabras. El abogado que habían conocido la noche anterior acudió a despedirlos por la mañana: “Desayunó con no-

28 Hermann Wildpret sería luego, de 1860 a 1893, el jardinero mayor en el Jardín Botánico.

29 Maximiliano escribe *Wildbrett*, con *b*, en lugar de *p*, y doble *t* final, que traducido al español significa *caza mayor*, *venado*, y, por derivación, *asado de venado*.

30 Álvarez Rixo (1994: 426) sigue diciendo al respecto: “[...] A nuestro Secretario de Ayuntamiento don Nicolás H. Escobar, así que S.A. reconoció era el mismo funcionario que había visto en la mañana en la visita de sanidad, le dio la mano cariñosamente y fue uno de los sujetos a quien instó para que cantase [...]”.

31 Por lo demás, la descripción recuerda a las realizadas ya por Adalberto de Prusia, en 1842, o por Herman Schacht, en 1857.



sotros, de buen humor y sin ceremonias, con esa agradable gracia que sólo los españoles poseen para con los extranjeros [...]” (1861: 148). Una vez dispuestos los caballos y los burros de carga, y amablemente despedidos por aquellos con quienes habían compartido la velada nocturna, parten hacia La Orotava con un tiempo espléndido. No obstante, antes tienen ocasión de ver a quien Maximiliano llama “Gobernador del Puerto de La Orotava”³², que despertó gran expectación y al que ridiculiza cruelmente:

“Era el más extraño mueble colonial del vasto océano; nacido, al parecer, en las Canarias, amamantado y crecido con ideas canarias, tal vez el término³³ crecido no sea el correcto, pues el Gobernador puede que fuera el mayor genio, pero era el hombre más pequeño de las siete islas. Lo único grande en su cuerpo era la protuberancia bajo la que su grandeza se inclinaba profundamente como para un saludo ininterrumpido. [...] Agradecí a mi destino que se dirigiese a T..., pues mis músculos de la risa maniobraron tan peligrosamente que hubo de emprender la huida a toda prisa. ¡Feliz país de la ingenuidad en el que aún se obedece a semejantes autoridades!” (1861: 149-150).

Una vez en La Orotava, se dirigen a la única fonda existente, que, aunque les resulta más sucia incluso que la del Puerto, estaba completa. No obstante, el dueño les mostró tres cráneos aborígenes, una lanza, algunos cueros de cabra y un cuenco de barro. “Logré adquirir la más hermosa de las cabezas, cada vez más escasas, y el cuenco por 30 florines” (1861: 152). Luego, una de las cartas de recomendación los condujo hasta Diego Benítez de Lugo y Benítez de Lugo³⁴, uno de los miembros de la nobleza mejor considerados en la isla, quien les regaló, además de monedas antiguas, una mandíbula inferior guanche. El ilustre tinerfeño, que hablaba francés y les dispensó un trato exquisito, tras preguntarles discretamente por su nacionalidad y mostrarles un cuadro que tenía del emperador austriaco, los guió por la ciudad, llevándolos finalmente a casa de otro coleccionista, donde reinaban el desorden, el polvo y las telarañas.

A las 4 de la tarde prosiguen hacia El Sauzal³⁵. Maximiliano nos deja algunas pinceladas de la apacible tarde:

32 Pudiera tratarse del alcalde. Según consta en los *Anales* de aquella localidad, en 1859 ‘era Alcalde primero constitucional don Domingo Bethencourt’ (Álvarez Rixo 1994: 421).

33 Maximiliano escribe “adverbio”.

34 Maximiliano escribe “Don Diego Benítez y Benítez”. Como señalábamos más arriba, el Archiduque volvería a encontrarse con el noble tinerfeño en 1864, cuando se dirigía a Méjico.

35 La información que recoge Álvarez Rixo (1994: 426) respecto de la visita de Maximiliano concluye así: “S.A.I. pasó a ver la villa de La Orotava y su Drago; no subió al Pico a causa de la



Puerto de Orotava. 20 de diciembre de 1859. Joseph Selleny

“[Santa Úrsula] Es un lugar pequeño y agradable, poco relevante. Las mujeres y las jóvenes miraban con asombro el paso de nuestra caravana, pero los hombres avanzaban lentamente por el lugar con guitarras y entre cantos, celebrando, en alegre tropel, la tarde del domingo” (1861: 155).

En El Sauzal, ¡por fin!, la fonda estaba limpia. La joven pareja que la regentaba los atendió amablemente y les sirvió una buena cena, mientras los arrieros cenaron higos pasados y pan, sentados en el suelo del vestíbulo. Luego tocó de nuevo la guitarra y cantaron:

“El dueño de la fonda con su guapa mujer, y la guasona Barbarita con uno de los arrieros bailaron una danza regional, una especie de rigodón a saltitos, en la que el chasqueo de los dedos había de suplir a las castañuelas. El cansancio nos ayudó a dormir deliciosamente” (1861: 157).

A la mañana siguiente, 19 de diciembre, tras tomar chocolate caliente, prosiguen hacia Tacoronte, donde visitan el museo de Sebastián Casilda³⁶, del que Maximiliano nos dice que conserva cuatro momias de reyes guanaches, armas de los conquistadores, molinos de mano, etc.

estación tan invernosa. Después siguió para Santa Cruz en cuya rada debía encontrar el vapor, el cual había ido a la isla de La Madera para recoger un ancla que allí se le hubo de quedar. La visita de tan augusto huésped debe ser para este Puerto e Isla memorable. En el libro registro de la fonda firmó S. A. I. bajo el pseudonombre José Selleny. También lo hizo el capitán del vapor Wilhelm Tegesthoff”.

36 Nuestro autor escribe *Don Sebastiano Casilde y Museo Casilde*. Según M. Ramírez Sánchez (1997: 312), Sebastián Pérez Yáñez, conocido como Sebastián Casilda, había fundado hacia 1840 uno de los primeros museos en Tenerife, el Museo Casilda, en el que reunió una nutrida selección de materiales de historia natural, antropología y arqueología prehistórica de Canarias, entre ellos, cuatro momias, unos veinte cráneos, pintaderas y cerámicas prehispánicas. Los fondos de aquel “museo” fueron vendidos a un coleccionista argentino en 1889.



“No obstante, el objeto más interesante era, indiscutiblemente, un ánfora de forma totalmente romana³⁷, en la que figuraba grabado el número romano XXI; fue hallada en la tumba de un rey, y pudiera haber sido traída desde África por los primeros pobladores” (1861: 160).

Tampoco deja de ser llamativa la alusión de Maximiliano a una inscripción sobre basalto que se encontraba en el museo, enviada al coleccionista desde La Palma, y en la que el pintor de la expedición, un aplicado orientalista, creyó ver claros signos de escritura árabe. El coleccionista regaló a nuestro distinguido viajero un trozo de la sustancia con la que se embalsamaban las momias de los reyes, compuesta de sangre de drago y agua salada, que guardaba en un bocal. La colección contenía, igualmente, escritos de los primeros conquistadores y armas de éstos y de los conquistados. Por lo demás, en el museo había un poco de todo: mineralogía, zoología y objetos etnográficos de las colonias americanas. Cabe señalar, finalmente, que el propio Maximiliano era consciente de cómo se había producido hasta aquella fecha el expolio de las cuevas de Tenerife, pues, citando a Viera³⁸, nos dice: “A principios de este siglo se descubrieron todavía muchos de estos lugares de enterramiento en las peñas de Tacoronte y El Sauzal, de cuyas momias se proveyeron todos los gabinetes de Europa” (1861: 166). Desconocemos qué destino aguardó a los objetos aborígenes que Maximiliano se llevó de Tenerife.

En relación con la visita a aquel museo, el Archiduque recoge –en 10 de las aproximadamente 100 páginas de su texto sobre Canarias– costumbres e historia del pueblo guanche, señalando a Viera y Bergeron como fuentes destacables.

Desde Tacoronte, el Archiduque se dirige a La Laguna, cuyo paisaje le recuerda a Moravia y Bohemia³⁹, y los camellos le traen a la memoria su visita a Siria y Egipto. La vieja ciudad presentaba un aspecto triste y llevaba impreso el sello de la decadencia y del abandono. Tras descansar y comer

37 La mención de esta ánfora –que, en opinión del propio Maximiliano, hablaría a favor de una época en la que los romanos ya dominaban de forma esporádica la parte superior de África–, a nuestro juicio, interesante, pues entronca con la línea de investigación impulsada, especialmente, por P. Atoche Peña (2006), y que persigue la constatación de la presencia romana en Canarias. Sobre este particular arrojan luz, asimismo, los estudios de W. Pichler acerca de las inscripciones rupestres que él denomina *latino-canarias*.

38 En efecto, Viera menciona en varias ocasiones la existencia de momias guanches en Europa. Así, al referirse a la que había en la Real Biblioteca de Madrid, procedente del *Barranco de Herque* en Tenerife, escribe: “Algunas han ido a adornar también los gabinetes de los reinos del Norte” (1950 [1772-1783]: 163, tomo I, lib. II, cap. 17). Sobre este particular incide igualmente Berthelot en sus *Misceláneas* (concretamente, en la titulada “La momia”).

39 Moravia, Bohemia y Silesia conforman la República Checa.



algo en una fonda, situada en la calle principal, y que Maximiliano califica de miserable, prosiguen hacia Santa Cruz.

En la capital, donde el ilustre viajero parece percibir un vislumbre del *Nuevo Mundo*, permanece desde el 19 por la tarde hasta el 24 por la noche, a la espera de que el *Elisabeth* regresara de Madeira. Manteniendo su condición de estricto incógnito, se dirige con su séquito primeramente al Hotel Richardson, adonde llegan a la hora de comer. Allí comparten mesa con un grupo de españoles, entre los que había un alto funcionario que pasaba el verano entre París y Bruselas y el invierno en Santa Cruz, y que hablaba francés y algo de alemán:

“En el transcurso de los acontecimientos se percató muy bien de con quién estaba tratando realmente, pero, con fino tacto, mantuvo siempre nuestro incógnito, tan cómodo y necesario en tales viajes” (1861: 177).

Al día siguiente, el mal tiempo les impide emprender una excursión de dos días por el interior de la isla. Durante la mañana, Maximiliano escribe cartas y su diario, actividad que define como “una verdadera plaga en los viajes a tierras lejanas” (1861: 178). No obstante, por la tarde se dirigen a la que el Archiduque denomina *Villa de Buona Vista*, donde visitan la casa de un inglés, con hermosos naranjos y notables plantas, y en cuya parte inferior eran visibles aún los destrozos causados por un aguacero caído unos días antes, a consecuencia del cual habían perecido cuatro personas en la ciudad. También visitan el jardín⁴⁰ del comerciante Juan Manuel de Foronda, que les causó grata impresión por los numerosos árboles frutales procedentes del trópico americano. De allí se llevaron gran cantidad de exquisitas frutas –entre ellas una deliciosa anona–, y ejemplares de plantas. El día 21 también fue lluvioso y ya por la tarde, tras dar un paseo por Santa Cruz, volvieron al jardín del comerciante, que no se encontraba en casa. Esta circunstancia la aprovecha el botánico de la comitiva para recoger a discreción plantas y frutas, despistando intencionadamente al jardinero:

“Al objeto de procurarnos tranquilidad para robar, el pintor subió y entró a la casa con el anciano y orgulloso canario, que se arropó bien con su abrigo

40 Como recoge Cioranescu, se trata de “la *buerta de Mandillo*, formada en 1811 por Francisco Mandillo, entre la calle de Santa Rita, el Camino de los Coches y la calle Robayna. Era una de las mejor cuidadas del lugar y los viajeros solían visitarla porque sólo allí podían ver algunas especies de frutas tropicales, [...]. En la segunda mitad del siglo pasado [XIX] fue propiedad de Juan Manuel Foronda”. (Cioranescu 1979: IV, 10). En cuanto a la persona de Juan Manuel Foronda, también nos dice Cioranescu (1979, IV: 292) que era contador de la *Sociedad de Tenerife para la pesca del salado*, en 1838.



de franela, para mantenerlo ocupado, incluso bailando con él una polca si fuera necesario” (1861: 187).

Maximiliano señala que había varias clases de plátanos, una fruta que al principio odiaba, pero que luego se le acabó convirtiendo en una necesidad. Al día siguiente continuó lloviendo y nuestro viajero lo dedicó a hacer toda suerte de compras, entre otras: pájaros canarios auténticos –de los que dice que eran más caros en su propia patria que en los mercados austriacos–, o un hermoso y gigantesco gallo.

“También quise comprar una de aquellas puertas para llevármela como modelo a Europa, para lo cual me dirigí a Mr. Richardson, el jefe del hotel; pero me hizo saber que ya otros viajeros se habían dirigido a él sin éxito, pues el edificio no era suyo, sino de varios propietarios, que vivían en distintos lugares de la isla, a quienes la casa había pasado por herencia de manos de la Inquisición que había tenido su sede principal en la isla en aquel edificio; así pues, es probable que en mi habitación se hubiesen dictado las horribles sentencias de aquella época de ofuscamiento⁴¹; [...]” (1861: 188).

Por la tarde visitan las iglesias de la Concepción y de San Francisco, y se tropiezan con un gran número de soldados franceses y un grupo de emigrantes italianos que iban a Sudamérica. Por fin, el día 23 hace tiempo primaveral, y se encaminan en dirección a San Andrés. Desde Taganana⁴² venían muchachas con cestos de naranjas a la cabeza. También se topan con un rebaño de cabras y acaban tomando deliciosa leche recién ordeñada. No obstante, tuvieron problemas con el pastor, al que Maximiliano califica de “feo como un orangután” (1861: 194), pues no satisfecho con la moneda de plata que le dieron, exigía el doble. Ante tal reacción de codicia, el Archiduque propuso “fulminar” al pastor cantándole a coro en alemán: “El remedio surtió un efecto milagroso: la víctima de la estrofa alemana se rindió a nuestros pies manso como un corderito” (1861: 194). Pasado el medio día regresan bordeando la costa, y, con júbilo, divisan al *Elisabeth* que avanzaba hacia a Santa Cruz.

El día 24 lo pasa Maximiliano, en parte, en el hotel y, en parte, en el *Elisabeth*. Aunque su intención era partir de inmediato, un “asunto de Estado” lo retiene un día más en Tenerife. Un bergantín austriaco, que origina-

41 Respecto de la Inquisición, si bien Maximiliano se muestra crítico, también expone que los aspectos sombríos de la época en que le tocó vivir a él mismo serían juzgados algún día.

42 Nuestro autor escribe Tagalana.



riamente tenía como destino Montevideo, se encontraba en el puerto desde hacía 15 meses, víctima de un deplorable incidente: un marinero piamontés de la tripulación había urdido una rebelión y el capitán se había quedado solo; pese a la ayuda de las autoridades españolas para obligar a los amotinados a volver al barco, éstos se habían vuelto a fugar. Maximiliano se queja de la falta de un diplomático austriaco que velase⁴³ por los intereses de sus compatriotas:

“Así son tratados los austriacos, así es tratada nuestra marina mercante en el extranjero, y se olvida el principio básico en el que, ante todo, se sustenta el poder de un Estado: proteger contra la injusticia a cada uno de sus súbditos, aunque sea un niño en pañales, con todas las fuerzas e infatigable energía” (1861: 197).

Finalmente, el archiduque, renunciando a su situación de incógnito, decide emplear su fuerza diplomática con el Capitán General en Santa Cruz, quien le proporciona una tripulación española, y el bergantín se hace a la mar rumbo a Cádiz con la idea de exigir una indemnización al Gobierno español.

El 24 por la noche, después de tomar el té en el hotel, Maximiliano asiste a la *Misa del Niño* en la iglesia de la Concepción⁴⁴. En la calle, con un delicioso clima de verano, la gente celebraba la ocasión, y por todos lados había grupos cantando al son de guitarras, castañuelas y panderetas. Desvelada ya su identidad, en la iglesia se le asigna una posición privilegiada: “Nos sentamos entre los padres de la iglesia, que llevaban medallas colgando de cintas rojas y azules” (1861: 199). Al Archiduque le llamó sumamente la atención que el sacerdote alzase los brazos portando la estatua del Niño Jesús: “Estos ademanes en la iglesia producen más daño que provecho” (1861: 200). La procesión que se formó para el besapiés del Niño los sacó del sopor que les había sobrevenido durante la misa.

Estancia en Gran Canaria

Aquella misma noche, el *Elisabeth* zarpó rumbo a Gran Canaria, adonde llegaron al amanecer del 25 de diciembre, y permanecieron allí hasta el 27. A juzgar por las indicaciones que nos da Maximiliano, debieron de desembarcar en el entonces Muelle de Las Palmas, a la altura de lo que hoy es el

43 El cónsul de Prusia, que llevaba los asuntos de Austria, se hallaba de viaje de placer.

44 Nuestro autor se refiere a esta iglesia como la Catedral.



Parque de San Telmo⁴⁵. Desde el barco observa el Archiduque las cuevas existentes en las colinas próximas –morada otrora de guanches y entonces habitadas por los más pobres de la ciudad–, que le recordaron a las del Sacromonte en Granada.

Un amable joven se ofreció a guiarlos en sus recorridos. Las primeras imágenes de la gente de la ciudad fueron las mujeres con la mantilla y los hombres con el abrigo de franela, pero en un ambiente más de gran ciudad que en Santa Cruz: “[...]; uno se sentía en la verdadera capital, que hasta hacía poco tuvo la primacía sobre Santa Cruz. Había riqueza y bienestar en toda su aspecto” (1861: 203). En la Fonda inglesa, a la que los lleva el joven guía, volvió el Archiduque a llevarse una mala impresión, pues la dueña, la famosa Pepa⁴⁶ –según sus propias palabras–, a la que califica de fea y vieja, los recibió enjabonándose las manos y haciéndoles saber que no tenía preparados ni desayuno ni habitaciones libres. “Fue una escena totalmente nueva, que nunca me había sucedido de modo tan drástico en mis numerosos viajes” (1861: 2003). Desde allí visitan la Alameda, pasando por el Casino, el Teatro, la Plaza del Príncipe Alfonso, el Puente de Piedra sobre el Guinguada, la Catedral, el Palacio Episcopal, el Seminario y el Ayuntamiento; en medio, el ancho barranco, con plantaciones de plataneras y palmeras centenarias en sus laterales, y al fondo, el océano azul zafiro. “Hacía tiempo que no veía un cuadro poético tan perfecto; empecé a reconciliarme con las Canarias, por las que hasta ahora no había sentido mucho afecto” (1861: 2005).

Tras visitar la catedral, que le sorprende muy positivamente, y de la que nos deja una amplia descripción, el Archiduque sube a las colinas y visita las cuevas:

45 Dos periódicos de Gran Canaria recogen, escuetamente, la visita del ilustre *turista*:

A) “Ha visitado nuestra población y algunos pueblos de esta isla, de riguroso incógnito, S. A. I. Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria y hermano del actual Emperador. El vapor de guerra “Elizabeth”, en donde ha llegado, se ha dirigido con el príncipe, según parece, a las islas de Cabo-verde [sic]”. (*El Omnibus, periódico literario, de noticias é intereses materiales*. Las Palmas de Gran Canaria, miércoles 28 de diciembre de 1859).

B) “En el vapor El vapor de guerra *Elizabeth*, acaba de llegar a esta ciudad de riguroso incógnito su A. I. el Archiduque de Austria Fernando Maximiliano José, hermano del actual Emperador de Austria”. (*El Canario, periódico de literatura, comercio, industria, noticias é intereses materiales*. Año I Núm. 92. Martes, 27 de diciembre de 1859).

46 Más o menos por la misma época, la viajera inglesa Elizabeth Murray también se refiere a ella al hablar de los dos únicos alojamientos existentes en Las Palmas. “Pepa, la genio que lo regenta, resultó ser cualquier cosa menos una patrona agradable o servicial; era exageradamente descuidada e incluso insolente”. *Apud* I. González Cruz 1995: 196-197.



Gran Canaria. Ciudad de Las Palmas. Joseph Selleny

“Y contienen aposentos que, albeados y revestidos con esteras de junco, parecen muy confortables; las camas, con un relleno alto, ponen de manifiesto una cierta limpieza de los trogloditas, que no podían contenerse por nuestra visita y, con risas, se mostraban admirados de que se viniese a visitar a una gentuza tan pobre” (1861: 206).

Maximiliano subraya que, pese a sus condiciones de vida, aquellas gentes poseían algo envidiable para los europeos: el permanente clima primaveral y la vista sobre la ciudad de Las Palmas y el océano. El joven guía les explica la reciente introducción de la cochinilla. Asimismo, les enseña el Casino, cuyo hermoso salón de baile y selecta biblioteca causan gran admiración a los austriacos. En una segunda fonda, igualmente sucia, fueron recibidos tan descortésmente como en la primera, y, si bien al menos el dueño les prometió un desayuno, hubieron de soportar malas caras; nadie parecía preocuparse por ellos mientras esperaban por los caballos y los burros que había solicitado para hacer una excursión: “Y nosotros, pobres criaturas abandonadas, estábamos sentados en un humilde rincón como leprosos o mendigos olvidados e ignorados” (1861: 209). El joven guía le consiguió al Archiduque una bestia particular⁴⁷, una yegua blanca embarazada.

47 Maximiliano escribe ‘particular’, y aclara que se trata de una bestia especial.



La excursión tenía como destino La Atalaya de Santa Brígida. Era 25 de diciembre y la gente iba ataviada con la ropa de los festivos. El poblado troglodita, donde en otro tiempo habitaron los guanches, lo percibe el Archiduque como las enormes ruinas de un antiguo anfiteatro, que alberga en sus entrañas rocosas a 2.000 personas⁴⁸. Aquel valle calado de cuevas trae a la memoria de Maximiliano la *Necrópolis de Tebas*, la ciudad de *Petra*, las socavadas montañas de La India o los gigantescos teatros romanos. A su juicio, aunque las Canarias sólo tuviesen esta ciudad excavada en la roca, seguiría valiendo la pena cruzar el océano para visitarla. Además, el hecho de que las cuevas estuviesen habitadas les otorgaba un especial encanto, pues cada cueva tenía su propia historia, sus penas y alegrías, sus escenas de nacimiento y de muerte.

Después de dejar las bestias en un establo de la primera cueva, el Archiduque y su séquito divisan todo el valle desde un punto prominente. En cuanto los habitantes se percataron de la visita, el lugar cobró la animada vida de una colmena:

“De todas las oscuras aberturas salía con alboroto una gente abigarrada; entre risas y gritos de júbilo, los niños, curiosos, se precipitaban de rellano en rellano, de escalón en escalón hacia nosotros; los hombres, con paso decidido, vinieron por los caminos acostumbrados, para, discretamente, ver qué había provocado tal revuelo en la ciudad [sic]; las mujeres y las muchachas, ataviadas con sus coloridos vestidos de domingo, se reunieron, parlotearon y chillando, charlando agradablemente en las estrechas terrazas de sus cuevas o en el techo de las viviendas situadas en pisos inferiores” (1861: 213-214).

De su visita al interior de algunas de aquellas “viviendas” destacamos las siguientes palabras:

“Visitamos sus cuevas y en ellas encontramos un cierto bienestar; cortinas blancas y limpias circundaban las alcobas; sobre las camas había ropa buena y limpia; muebles sueltos y loza dispuesta con mucha delicadeza adornaban las paredes bien albeadas y, a menudo, cubiertas con esteras de caña; las gentes estaban bien vestidas y bien nutridas, y el que todos gritasen pidiendo una peseta⁴⁹ obedece, por desgracia, a un atributo de cualquier país del Sur” (1861: 214-215).

48 Es posible que la información sobre el número de habitantes la tomase Maximiliano del texto de Leopold von Buch, que, indudablemente, conocía.

49 Maximiliano escribe *pezzeto*. Cabe recordar aquí que las primeras monedas que llevaban físicamente el nombre de “peseta” las había acuñado José Bonaparte durante la *Guerra de la Independencia* en 1808.



El Archiduque señala que se equivocaría quien tildase de gentuza ladronzuela a los trogloditas, añadiendo que la alfarería, que realizaban con gran destreza, constituía su principal fuente de ingresos. El relato de la visita a La Atalaya concluye así: “Rodeados en todo momento por la muchedumbre curiosa, subimos de piso en piso por las peligrosas veredas de las terrazas rocosas, por las que hasta los niños más pequeños trepaban como cabras” (1861: 215). Ya anoecía cuando regresaron al *Elisabeth*.

A la mañana siguiente, día 26, abandonan temprano el barco, con intención de asistir a misa. Hubieron de hacerlo en la iglesia del Seminario, pues en la Catedral no se celebraba en aquel momento. El Archiduque observa a la juventud clerical en el centro de la iglesia y siente lástima por los pobres seminaristas que, a su juicio, eran demasiado jóvenes para saber lo que les esperaba; y, además de estar en el Seminario por elección de otro, nunca llegarían a conocer el mundo por su propia experiencia. Nuestro autor se muestra muy crítico con el sistema que aplicaba la Iglesia para captar futuros miembros, manteniendo a los jóvenes a la fuerza con el pretexto de que eran absolutamente necesarios: “Éstas fábricas de personas con orientación militar, artística y espiritual dan resultados penosos. [...]. Quien no ha visto el mundo, no podrá comprenderlo y mucho menos instruirlo” (1861: 217).

El Archiduque, que desde el inicio se había propuesto viajar de incógnito para evitar situaciones protocolarias no deseadas, se encontró con la desagradable sorpresa de que en la iglesia, donde ya sabían de su visita, lo estaban esperando para celebrar la misa, nada más y nada menos que cantada, dada la ocasión. Para colmo, los dos directores [sic]⁵⁰ de la institución, con un celo mal entendido, pretendieron acompañarlo, contra su voluntad, a dar un paseo por la ciudad. Sólo a la altura de la Catedral logró quitárselos de encima, aunque cuando regresó de la excursión, por la tarde, se lo encontró nuevamente esperando para saludarlo. “Si los futuros sacerdotes en las Canarias han de aprender el tacto de estos hombres, sólo puedo compadecerlos” (1861: 218).

Después de la misa, con un día espléndido, se dirigen a Telde. El paisaje en torno a la ciudad le recuerda a Maximiliano otros que había visto en Oriente: “Aquel panorama era un vivo recuerdo de Ramala en la llanura de

50 El autor escribe literalmente *zwei Directoren* (dos directores). Según Hernández Corrales (1997: 537), D. Antonio Michelena, presbítero, fue Rector del Seminario de 1857 a 1860. La mención de “dos directores” pudiera encontrar explicación en la circunstancia siguiente: en 1859, los seminaristas del Obispado de Canarias y de la Administración Diocesana de Tenerife estudiaban en el Seminario de Canarias, ubicado en Las Palmas (en el curso 1858/59 había 19 alumnos de Tenerife y 71 de Gran Canaria). Cabría suponer, por tanto, que en el Seminario hubiera, además del propio director [rector], un responsable de los seminaristas de Tenerife y que se pudiera considerar también director.



Sarón en el camino de Jaffa a Jerusalén. En la localidad reinaba una festiva serenidad; en la plaza delante de la iglesia, los hombres cantaban alegres melodías al son de guitarras y panderetas” (1861: 220-221). En el centro de la Alameda, el grupo de germanos saboreó un almuerzo sentados en un banco de piedra, a la sombra de un laurel, rodeados de gentes que los miraban con cierto asombro. Seguidamente, regresan a Las Palmas.

Ya de vuelta en la fonda presencian una pelea de gallos, a cuyo respecto Maximiliano señala que, si bien tenían espléndido plumaje, la pelea no había resultado tan emocionante como una que había visto en Valencia algunos años antes. El amable joven que les había guiado durante su corta estancia en la isla no aceptó la sustanciosa propina que quiso darle el Archiduque, pidiendo a cambio poder visitar el *Elisabeth*, deseo que se vio cumplido.

A las cinco de la tarde del día 26 partió Maximiliano rumbo a Cabo Verde.

Conclusiones

El ánimo ostensiblemente contrariado del Archiduque pudiera deberse a la concurrencia de varias circunstancias adversas: su reciente cese forzoso como Gobernador del *Reino de Lombardía-Venecia*; el progresivo empeoramiento de las relaciones con su hermano, el Emperador de Austria; su esposa se había vuelto a Madeira, *and last but not least*, en realidad, su visita a Canarias fue contra su voluntad, ya que, al salir de la isla portuguesa, su intención era seguir directamente hasta Cabo Verde. Con su particular estado de ánimo pudieran guardar relación también sus despectivas descripciones de personajes isleños, así como las duras críticas vertidas contra el clero, cuyas actitudes contrastaban con las ideas más liberales de Maximiliano.

Por otro lado, la poca calidad de los alojamientos y servicios en general que por entonces ofrecían las Islas a los visitantes contrastaba, sin duda, con el mejor servicio prestado en Madeira y con el confort del barco en el que viajaba.

Como en el caso de otros *turistas-viajeros* decimonónicos, el interés de Maximiliano por la cultura prehispánica habría que buscarlo en la admiración entonces profesada a los aborígenes canarios⁵¹, magnificada, a su vez, por la centenaria⁵² resistencia opuesta a los conquistadores españoles, y por el mito de las *Islas Afortunadas*. No obstante, parte de sus informaciones

51 De forma casi generalizada, llamados *guanches*.

52 Como se sabe, la conquista de Canarias se inició 1402 con la llegada a Lanzarote de Jean de Béthencourt y culminó en 1496 con la incorporación de Tenerife a la Corona de Castilla por obra del Adelantado Alonso Fernández de Lugo.



Fusilamiento de Maximiliano I, por Édouard Manet

nos ayudan a comprender cómo se produjo la paulatina salida de restos guanches y objetos prehispánicos, procedentes en la mayoría de los casos de cuevas aborígenes, hacia museos, gabinetes científicos y colecciones privadas de Europa a lo largo del s. XIX.



Bibliografía

- » Álvarez Rixo, José Agustín (1994) *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*. Tenerife: ACT y Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, 426.
- » Anónimo [Erzherzog Ferdinand Maximilian von Habsburg] (1861) *Reise Skizzen. Ueber die Linie, 1860*. Wien: Aus der k. k. Hof – und Staatsdruckerei.
- » Atoche Peña, P. (2006) “Canarias en la Fase Romana (circa s. I a.n.e. al s. III d.n.e): los hallazgos arqueológicos”. Wien: *Almogaren XXXVII/2006*, 27-59.
- » Belinski, A. (1988) *La Intervención francesa en México 1861-1867*. (Trad. del ruso de María Teresa Francés). México D. F.: Ediciones Quinto Sol.
- » Cioranescu, Alejandro (1979) *Historia de Santa Cruz de Tenerife*. Tomos I-IV. Santa Cruz de Tenerife: Servicio de publicaciones de la Caja de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife.
- » *Diccionario Enciclopédico Abreviado* (7 Tomos). Madrid, 1974: Espasa Calpe, S. A.
- » *Eco de Comercio. Periódico literario de noticias é intereses materiales*. Santa Cruz de Tenerife. Sábado 7 de mayo de 1864, pág. 3.
- » Fernández de Béthencourt, F. (1952-1967) *Nobiliario de Canarias*. La Laguna de Tenerife: J. Régulo Editor.
- » González Cruz, Isabel (1995) *La convivencia anglocanaria: Estudio sociocultural y lingüístico (1880-1914)*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria: Las Palmas de Gran Canaria.
- » González Lemus, Nicolás (2003) *Viajeros, naturalistas y escritores de habla alemana en Canarias (100 años de historia, 1815-1915)*. Tenerife: Baile del Sol.
- » González Lemus, Nicolás / Miranda Bejarano, Pedro G. (2002) *El turismo en la historia de Canarias. Viajeros y turistas desde la antigüedad hasta nuestros días*. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife.
- » Guimerá Peraza, M. (1992) Los Cólogan, alcaldes del Puerto de La Cruz de La Orotava (siglos XVIII y XIX). *Anuario de Estudios Atlánticos*. Núm. 38. Madrid-Las Palmas. 199-250.
- » Hernández Corrales, A. (1997) *El Seminario Conciliar del archipiélago canario (1777-1897). Estudio histórico pedagógico*. Barcelona.
- » *El Canario. Periódico de literatura, comercio, industria, noticias é intereses materiales*. Año I. Núm. 92. [Las Palmas de Gran Canaria]. Martes, 27 de diciembre de 1859.
- » *El Omnibus*. Periódico literario, de noticias é intereses materiales. Las Palmas de Gran Canaria, miércoles 28 de diciembre de 1859.
- » Ramírez Sánchez, M. (1997) “Un acercamiento historiográfico a los orígenes de la investigación arqueológica en Canarias: las Sociedades Científicas del siglo XIX”. En G. MORA y M. DÍAZ-ANDREU, eds.: *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Málaga, 311-319.
- » Sarmiento Pérez, M. (2005) *Las Islas Canarias en los textos alemanes (1494-1865)*. Las Palmas: Anroart Ediciones.
- » *Österreichisches Biographisches Lexikon 1815-1850* (1957) Band 1. Graz/Köln, 300-301.
- » Wurzbach, Constant von (1860) *Biographisches Lexikon des Kaisertums Oesterreich. Sechster Theil*. Wien: Aus der kaiserlich-königlichen Hof – und Staatsdruckerei.